

colérico, poco sufrido, impertinente y enfadoso, etc; Aquí tienes un dilatado campo para examinarte; conforma tu moral con la de Jesucristo

2. Levantas el grito contra la licencia y contra la disolucion de las costumbres del siglo. Alabo tu zelo; pero examínate bien, y mira si se mezcla en él una buena parte de aversion, de odio, de envidia y de murmuracion. En la moral de Jesucristo no hay inconsecuencias, ni contradicciones: nota cuidadosamente si descubres algunas en el tuyo; no te fies de tu juicio; mira que es demasiada la correspondencia que tiene con el amor propio para que no se te haga un poco sospechoso. Consulta tus cosas con un director sabio, prudente y despegado, que no tenga interés en lisonjarte ni en contemplarte; exponle con sinceridad todas tus máximas, tus opiniones y tu conducta, sin poner los ojos en otros principios que en los del Evangelio. Sea este la única regla de tus costumbres, y nunca conozcas otra moral que la enseñada por Jesucristo.

DIA CUARTO.

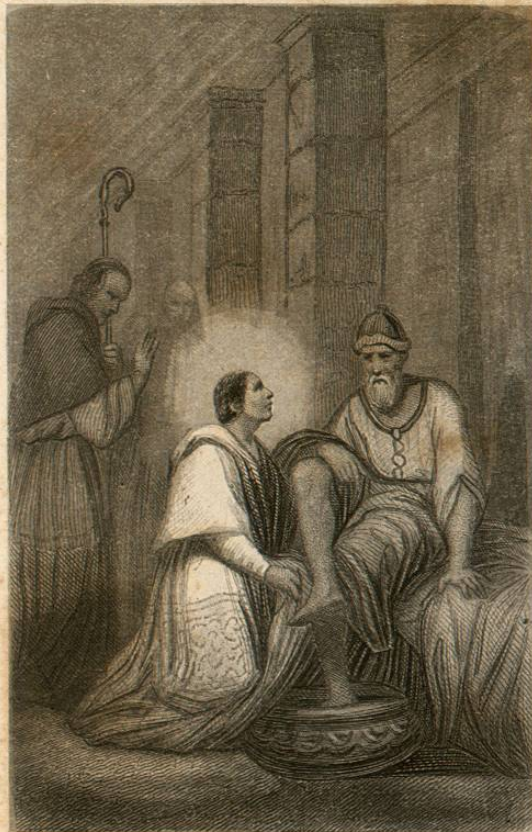
SAN ULRICO, OBISPO DE AUSBURGO.

Ulrico, ó Uldarico (pues tambien se le nombra así) fué de una de las casas mas antiguas y mas illustres de Suavia, y nació el año de 863, siendo su padre el conde Ulcaldo, y su madre Tierberga, hija de Aucardo, uno de los primeros duques de la alta Alemania.

Por la flaca y delicada complexion de Ulrico se creyó al principio que no podría vivir; pero el Señor, que le tenia destinado para ser uno de los mas santos

T. 7.

P. 62.



S. ULRICO, O.

prelados de su siglo, contra toda esperanza le concedió una salud que se tuvo por milagrosa. La vivacidad, el despejo, la noble ingenuidad, el agrado y el claro ingenio que descubrió desde luego, estimularon mas á sus padres para darle una educacion digna de su ilustre nacimiento. Parecióles que en ninguna parte la podria lograr, ni mas cristiana, ni mas caballerosa, que en el célebre monasterio de San Galo, famoso entonces por lo mucho que florecian en él no menos las virtudes que las ciencias.

Enviáronle allá á los siete años de su edad, y muy en breve se distinguió el niño Ulrico por los progresos que hizo en las letras humanas y en la importante ciencia de la salvacion. Enamorados los monjes de su bello natural, de su inclinacion á la virtud y de su aplicacion al estudio, le amaban todos tiernamente, deseosisimos de adquirir aquel rico tesoro para el monasterio. A lo mismo se inclinaba tambien el niño Ulrico, pues, aunque el mundo le brindaba con tan grandes esperanzas, nunca halló atractivo, ni en las grandezas, ni en las brillanteces del mundo. Conociendo bien sus injusticias y sus peligros, estaba muy lejos de resolverse á servirle; ni á un corazon tan grande como el suyo le podia llenar otra cosa que Dios. Agradábale la vida monástica, y naturalmente era de su gusto la soledad; pero queria que la vocacion y la eleccion viniesen únicamente del mismo Señor. Para conocer su voluntad hizo muchas penitencias y fervorosas oraciones, queriendo además de esto consultar el punto con una santa solitaria, no distante del monasterio de San Galo, llamada Guiborata, no menos célebre por su eminente santidad que por los extraordinarios favores con que el cielo la favorecia. Habiala ya visitado algunas veces el condesito en los dias de recreacion que se concedian á los seminaristas. Fué, pues, Ulrico á buscar á la santa

virgen, irresoluto sobre el estado que había de abrazar; y la suplicó encomendase á Dios aquel negocio para que le diese á entender su divina voluntad. Ella se impuso tres dias de ayuno y de oracion, al cabo de los cuales le dijo que, aunque era muy perfecta la vida religiosa, Dios le llamaba al estado eclesiástico. No hubo menester mas para tomar su partido, no obstante lo mucho que le costaba arrancarse de una casa llena de tan grandes ejemplos, y no habiendo tampoco monje que no sintiese vivamente la pérdida que hacian. Fue reciproco el dolor; pero una vez descubierta la voluntad del Señor, no titubeó nuestro santo ni un solo momento, y restituyéndose á casa de sus padres, les declaró su última resolución, como tambien sus deseos de no perder tiempo y de habilitarse desde luego para servir con utilidad á la santa Iglesia. Gozoso el conde su padre de ver en su hijo tan virtuosas disposiciones, le entregó á Alberon, obispo de Ausburgo, quien, descubriendo luego las grandes prendas y el raro talento de Ulrico, no perdonó medio alguno para formar en él un eclesiástico perfecto; y aunque á la sazón no contaba mas que diez y seis años, le hizo luego camarero; pero viéndole crecer cada dia en juicio, capacidad y prudencia, le proveyó el primer canonicato que vacó en su iglesia.

Comprendió desde luego nuestro nuevo canónigo todas las obligaciones de su estado, y resolvió darles todo el lleno. Desde aquel punto fué todo su empleo el estudio y la oracion, partiendo sus rentas con los pobres, á quienes muchas veces distribuia aquello mismo que se reservaba para su preciso sustento. Movido de su natural piedad, determinó hacer un viaje á Roma para beber en la fuente del espíritu apostólico. Fué recibido del papa con muestras de grande amor y estimacion, informado ya de antemano

de su mérito y de su eminente virtud. Tratóle su Santidad, y creció tanto la estimacion y el concepto, que, noticioso de la muerte de Alberon, determinó conferirle el obispado de Ausburgo.

Sobresaltóse el santo cuando oyó de boca del papa semejante proposicion, y se excusó eficazmente, alegando su insuficiencia y su corta edad. Al volver de Ausburgo halló que ya se habia hecho la eleccion en Hildin, y libre del susto, solo pensó en el retiro y en santificarse cada dia mas y mas, volviendo á entablar dentro de su casa los mismos ejercicios que habia practicado en el monasterio de san Galo; pero le duró poco esta quietud. Muerto Hildin el año de 924, fué elegido Ulrico obispo de Ausburgo, á pesar de toda su repugnancia. Eran los tiempos muy calamitosos; los húngaros y los esclavones hacian frecuentes irrupciones en el pais y lo asolaban todo, tanto, que poco tiempo antes habian entrado en la misma ciudad de Ausburgo y puesto fuego á la catedral.

El primer cuidado del nuevo obispo fué edificar de pronto una pequeña iglesia para juntar el pueblo, que estaba muy necesitado de instruccion, de consuelo y de socorro en aquellas públicas calamidades. Todo lo encontró en Ulrico; su caridad, su zelo y sus profusas limosnas desterraron hasta de la memoria las pasadas necesidades, y todos las consideraban suficientemente reparadas con la posesion de tal pastor.

Persuadido el santo de que se debia todo á su pueblo, tomó ocasion de aquellas circunstancias para conseguir que se le dispensase en una costumbre introducida entonces en Alemania, de que los obispos residiesen casi siempre en la corte. El logró se le permitiese mantenerse en Ausburgo para atender al restablecimiento de la disciplina, y se conoció muy

presto lo mucho que puede hacer en una diócesis dilatada un prelado santo. En vista del cuidado con que incesantemente velaba sobre su rebaño, del zelo con que distribuía el pan de la divina palabra, de su caridad y de sus ejemplos, mudó de semblante todo el país. No era conocido por otro nombre que por *el santo*, y su vida acreditaba visiblemente que lo era, siendo la repartición de ella la siguiente :

A las tres de la mañana regularmente asistía al coro con los canónigos para rezar maitines y laudes del oficio divino; despues rezaba el salterio con las letanias y preces que se siguen á ellas; hácia el amanecer cantaba las vigiliass del oficio de difuntos; esto es, maitines y laudes, á que ningun dia faltaba, como ni á la prima, que cantaba con los demás. Quedábase en oracion en la iglesia mientras se hacia la procesion por afuera; acabada esta, cantaba la misa mayor y hacia su ofrenda con los demás; rezaba despues tercia con los canónigos, y mientras estos iban al cabildo, segun costumbre, continuaba la oracion y visitaba los altares. Preparábase despues para decir misa, la que celebraba todos los dias con tanta devocion, que la pegaba á todos los asistentes: concluida la misa y las gracias, rezaba nona y visperas los dias de ayuno en el coro, y desde allí ordinariamente se iba al hospital, donde lavaba los piés á doce pobres y daba á cada uno una limosna.

El resto del dia le dedicaba á las necesidades de su pueblo. Asistía á los moribundos, consolaba á los afligidos, arreglaba las diferencias y hacia bien á todos, dando todos mil bendiciones á Dios por haberles concedido tal obispo. Al declinar la tarde se restituía á su palacio donde tomaba una sobria comida, durante la cual siempre se le leía algun libro espiritual. Cada dia comia en su mesa cierto número de pobres, y acabada la comida, asistía á completas.

Daba despues sus órdenes para el gobierno de la familia y se retiraba á su cuarto, donde gastaba gran parte de la noche en la oracion y en el estudio, concediendo al sueño muy poco tiempo.

Acompañaba esta vida tan ejemplar y tan arreglada con grandes penitencias. En ningun tiempo del año comia carne, aunque se servia en su mesa, así para los pobres, como para otros convidados. Su cama era un poco de paja con dos mantas, sin cosa de lienzo. Arreglada su familia para edificacion de los demás, se dedicó á arreglar al clero, trabajando con infatigable aplicacion en reformar las costumbres de todo el obispado. Visitábale regularmente todos los años, y cada año celebraba dos sínodos. Costóle poco trabajo la reforma general, facilitándosela un zelo tan puro y tan ardiente, sostenido de una vida tan ejemplar y tan santa; ni la licencia de las costumbres podia resistir á la vigilancia de un pastor tan poderoso en obras como en palabras. Proveyó de excelentes curas las parroquias, obligando á renunciarlas, ó á enmendarse, á los viciosos, ó á los ignorantes; con cuyas providencias floreció en Ausburgo y en todo el obispado tanto la pureza de la fe como la de las costumbres.

Habiendo reconocido por las excursiones de los bárbaros lo mucho que perjudicaban los sustos, las inquietudes y los sobresaltos á los ejercicios de religion y devocion, pensó en la seguridad de sus ovejas, y no solo cercó de murallas la ciudad de Ausburgo, sino que levantó algunas fortalezas en la campaña, donde se pudiesen refugiar las gentes del país; pero no bastaron estas precauciones para que las tropas de Arnolde, conde palatino, no sorprendiesen y saqueasen la ciudad en ausencia del santo obispo, que habia pasado á la corte del emperador Oton para mover su ánimo á que ajustase la paz. Concedióla

el emperador á la Alemania despues que Arnolfo fué muerto delante de Ratisbona, habiendo perdonado á su hijo Liutolfo á ruegos de nuestro santo; pero apenas comenzaba á sosegar y á consolar á su pueblo, cuando un prodigioso ejército de húngaros se echó sobre la superior Germania, inundando todo el país. Fué sitiada la ciudad de Ausburgo; mas las oraciones de su santo obispo pudieron mas que los esfuerzos de los sitiadores. Intimó oraciones y procesiones públicas para aplacar la cólera del cielo, y para merecer su proteccion contra los enemigos de la religion y del estado; las que fueron tan eficaces, que, disponiéndose los bárbaros para un segundo asalto al tiempo que Ulrico estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, de repente se apoderó de ellos tal terror, que levantaron el sitio, se pusieron precipitadamente en fuga, y matándose unos á otros, perecieron casi todos; siendo opinion general que se debió á las oraciones del santo pastor una victoria tan inesperada.

Restituida la tranquilidad, se dedicó Ulrico á reparar los daños que habian hecho los bárbaros y á reedificar la iglesia de Santa Afra, célebre patrona de Ausburgo, cuyas santas reliquias tuvo el consuelo de hallar debajo de sus ruinas. Por su devocion hizo segundo viaje á Roma, de donde trajo las de san Abondo, con que enriqueció la iglesia que acababa de levantar, y en aquella curia se mereció por su eminente virtud los extraordinarios honores que le tributó el clero romano y aun el papa mismo. En Ravena fué recibido con veneracion del emperador Oton, y en las frecuentes conversaciones que tuvo con la emperatriz imprimió en su alma aquellas grandes máximas de perfeccion, que la hicieron con el tiempo una de las mas virtuosas princesas de su siglo.

Vuelto á Ausburgo, escogió un coadjutor de toda

satisfaccion, en cuyo zelo descargó la administracion de todo lo temporal, trabajando él únicamente para el bien espiritual de la diócesis, al que se aplicó con mas esmero que nunca, á pesar de sus muchas enfermedades y de su avanzada edad. Como nunca se habia dispensado en la austeridad de la vida monástica, quiso tambien tomar el hábito de monje, y aun habia resuelto retirarse al monasterio de San Galo para acabar en él sus dias; pero no se lo permitió el concilio de Ingelheim, celebrado el año de 972 en presencia del emperador Oton, á que asistió nuestro santo, temiendo aquellos padres que otros muchos obispos querrian imitar el ejemplo de tan gran prelado, cuya santidad estaba ya públicamente reconocida por una multitud de milagros.

Acabaron de consumirse las pocas fuerzas que tenia con los ejercicios de su fervor y de su zelo, sintiendo tan seguros prenuncios de su cercana muerte, que fué disponiendo todas sus cosas como si ya se hubiese hallado asaltado de la última enfermedad. En fin, al amanecer el viernes 4 de julio de 973 mandó que le echasen sobre una porcion de ceniza bendita extendida en el suelo en forma de cruz; despidióse sosegadamente de todos los circunstantes, mandó que le leyesen la recomendacion del alma, y mientras se la leian espiró con admirable tranquilidad, á los ochenta años de edad, cincuenta de su obispado, y despues de una vida inocente.

Creció despues de su muerte la opinion de santidad que ya era tan pública en vida por los muchos milagros que obró Dios en su sepultura, los que movieron al papa Juan XV á mandar hacer exactas informaciones de su vida y milagros, despues de las cuales le colocó solemnemente en el catálogo de los santos por una bula publicada en el concilio de Letran el año de 993; y se cree haber sido la primera canoni-

zacion jurídica que se vió en la Iglesia, la cual no usaba antes en ellas tantas formalidades. Sacóse entonces el santo cuerpo de la primera sepultura y fué colocado con solemnidad en una capilla edificada en honra suya dentro de la iglesia de Santa Afra, la cual comenzó desde aquel dia á tener la advocacion de nuestro santo.

SAN LAUREANO, ARZOBISPO DE SEVILLA.

Entre los obispos célebres que han florecido en la Iglesia por su eminente virtud, y por su zelo apostólico en la defensa de la fe católica contra la herejía arriana, es digno de memoria eterna san Laureano, arzobispo de Sevilla. Nació este héroe, verdaderamente grande, en la inferior Panonia, parte del reino de Ungría. Aunque su casa era una de las mas distinguidas del país, tenia la desgracia de estar envuelta entre los crasos errores del gentilismo, en el que procuraron educar sus padres al niño; pero las primeras luces de la razon que en él se despertaron, dieron á entender fácilmente que corria por especial cuenta de Dios la direccion de su espíritu, dejándose ver sensiblemente los influjos de la gracia en el infante, que solo tuvo de niño la inocencia. Un pariente suyo católico, que contemplaba repetidas veces las celestiales prendas con que Dios habia dotado al jóven, prevenido con aquellas interiores luces y sobrenaturales inspiraciones conducentes á los nobles designios, para los que le eligió la divina Providencia, quiso darle á gustar los altos dictámenes de la religion cristiana; y en él halló una fiel correspondencia á sus saludables exhortaciones y un asenso total á la doctrina del Evangelio. Deseoso de abrazar la profesion de la verdad, dejó á su patria, padres y parientes

cerca de los veinte años, y se fué á Milan acompañado de su deudo, con el objeto de instruirse en la fe, la cual florecia en aquella gran metrópoli, ilustrada por insignes maestros debidos al infatigable zelo de los prelados de la misma iglesia.

Hállabase á la sazón obispo de Milan san Eustorgio II, varon de gran mérito, á quien se presentó Laureano, é informándole del motivo de su venida, tomó á su cargo el instruirle en las infalibles verdades de nuestra santa fe. Admirado el catequista de la capacidad, del entendimiento del catecúmeno, de la superior luz de su inteligencia, de su amable condicion y sobre todo de la interior fábrica que en él iba labrando el Omnipotente, le administró el sacramento del bautismo, y reengendró en la vida sobrenatural aquel hombre nuevo, que en el arreglo de su conducta apenas tuvo que desnudarse del antiguo.

Agradecido Laureano á este beneficio se consagró al servicio de Dios enteramente, pidiendo al Señor de continuo que no permitjese en su alma sombra alguna que afease la divina semejanza estampada en ella. Arreglado á esta idea, se entregó á la oracion, y no omitió mortificaciones, ni ejercicios de piedad que pudieran contribuir á la perfeccion que deseaba. Aplicóse al estudio de las ciencias, y como se hallaba dotado de un perspicaz y profundo entendimiento, hizo en ellas maravillosos progresos. Incorporado en el clero de aquella metropolitana iglesia, y persuadido san Eustorgio de la utilidad que le resultaria de un ministro de tales prendas, le ordenó de diacono á los veinte y cinco años; en cuyo ministerio se dejó ver nuestro santo con edificacion comun, rígido en la abstinencia, frecuente en los ayunos, observante de las santas vigiliass, continuo en la oracion, liberal en las limosnas, solícito en cuidar de los pobres, modesto en la conversacion, pacífico en sus movimien-